

La escritura alfabética en comunidades orales

María Agustina Romero

CEA-UNJu-CONICET
agusricci61@gmail.com

Introducción

El presente artículo pretende reflexionar acerca de la articulación de la oralidad y la escritura como formas diferentes aunque complementarias de comunicación. La oralidad se destaca por su forma natural y espontánea de intercambio entre sujetos, en tanto se contrapone a la escritura por su carácter de artificialidad. Sentido atribuido a la escritura como la primera técnica creada por el hombre como potencial forma de registro y almacenamiento, y también como la primera mediación que posibilita la ausencia del otro. Así es que nos detendremos en el caso de una comunidad contemporánea local cuya principal particularidad es la oralidad como rasgo intrínseco.

Interesa el caso en tanto se materializa en él la clara y compleja convivencia entre la oralidad, como forma predominante de comunicación; la escritura, como técnica que sólo unos pocos han incorporado con fines específicos; y por último, las actuales tecnologías de la comunicación y la información. Destacamos la relevancia de estas últimas no sólo por su "valor de uso" sino, y ante todo, por el sentido y carga social que ellos implican como tecnologías en sí mismas. Proponemos un análisis que evidencie las transformaciones que trae aparejada la incorporación de la escritura (alfabética) en una comunidad de oralidad primaria y el papel trascendental que juega la experiencia como práctica diferenciadora. Pensar la articulación de oralidad, escritura y experiencia en la sociedad actual conlleva una revisión crítica de las distintas técnicas que posibilitan la mediación en la comunicación. En este sentido, resulta provechoso revisar no sólo las consecuencias que tiene la masificación de las nuevas tecnologías para la lecto escritura como práctica individual y solitaria, sino también las transformaciones que se producen en determinados grupos en los que la oralidad, como práctica colectiva, se torna predominante.

Partimos de una caracterización de la oralidad y la escritura para luego profundizar su interrelación, incorporando un tercer elemento, a saber: las tecnologías. Por último, nos

centramos en la *experiencia* como la práctica donde se visibilizan con mayor intensidad las consecuencias y transformaciones que implicó la incorporación de la escritura.

Oralidad y escritura

La oralidad es una condición natural de los seres humanos y se contrapone a la escritura por su artificialidad, por su calidad de técnica en el sentido de instrumento creado por el hombre para algún fin. De acuerdo a Walter Ong (1987) las culturas de oralidad primaria serían aquellas que no tienen conocimiento de la escritura o acceso ella. Ésta definición de oralidad primaria resulta problemática si tratamos de pensar en ejemplos actuales, es dificultosa la existencia de algún grupo con estas características en el presente. El mismo Ong encuentra restricciones para su aplicación:

Hoy en día la cultura oral primaria casi no existe en sentido estricto puesto que toda cultura conoce la escritura y tiene alguna experiencia de sus efectos. No obstante, en grados variables muchas culturas y subculturas, aun en un ambiente altamente tecnológico, conservan gran parte del molde mental de la oralidad primaria. (1987: 20).

Lo anterior se visualiza en la comunidad gitana jujeña donde la mayor parte de los gitanos de la ciudad no saben leer ni escribir¹ aunque tienen acceso a algunos medios de comunicación de masas². Es lo que se denomina oralidad secundaria, referida a la oralidad actual predominante, aquella que demandan las nuevas tecnologías de la información y comunicación, como el uso del teléfono, televisión, computadora, entre otras. En definitiva refiere a la tecnología que está basada fuertemente en un sistema de oralidad.

Para las culturas orales o con un pasado oral, la particularidad es el lugar significativo que ocupa la memoria. Se presenta como el único sostén material para el resguardo de saberes, costumbres, tradiciones y todo lo que atañe al aspecto cultural e identitario del grupo. En este sentido la articulación entre oralidad y memoria se torna definitorio, pues esta última es imponderable para las culturas escritas.

¹ No se trata de todos los casos, aunque es la característica predominante, sobre todo en las mujeres y niñas. En la actualidad, muchos niños van a la escuela, no así las niñas. Ello se vincula con aspectos culturales del propio grupo étnico, donde la cuestión de género es un fuerte indicador del funcionamiento de su propia estructura organizativa interna.

² De acuerdo a Ong, para el uso de las tecnologías de la comunicación e información debe existir una base o paso por la escritura. En el caso puntual de la comunidad de estudio, estos hacen uso sólo de algunos medios, como la radio, televisión y telefonía celular. Utilizan aquellos medios que no demandan conocimiento estricto de la lecto-escritura. Por ejemplo, el celular lo usan para hablar, no así para el envío y recepción de mensajes de textos.

La memoria se encuentra en un constante ejercicio de redefinición que se logra a través del olvido. Las culturas orales, para conservar sus saberes deben recurrir indefectiblemente al soporte de la memoria que implica una permanente actualización y descarte. La existencia de la memoria como único sustentáculo para el resguardo identitario y cultural, abre la posibilidad de pensar en una dinámica otra que se vincula con la ausencia de anclaje fijo. Planteamos esta relación en contraposición a lo que ocurre en las culturas letradas, donde la historia se presenta en singular y el depositario de ella son los escritos, así la escritura posibilita la permanencia y por tanto no puede ser modificado. La historia conservada en la memoria, se transmite de generación en generación pero a su vez entra en juego la experiencia y valoración individual y generacional. Siguiendo a Goody (1996), sostiene que en el ejercicio de construcción, permanencia y reelaboración de la memoria debe, indefectiblemente, entrar en juego el olvido. Es decir, hay aspectos del relato que se eliminan, otros se mantienen y algunos se transforman.

El poder de la palabra oral se contrapone también a lo que sucede en las culturas letradas, donde el documento se presenta como elemento de prueba y veracidad indiscutible, en este sentido ha desplazado a la oralidad. Lo que aparece mediado por la escritura, y más aún por la impresión, adquiere el carácter de ser o parecer como naturalmente fehaciente. El documento y el texto impreso, como palabra materialmente plasmada, no son condición única ni necesaria para alcanzar la veracidad.

Otra de las diferencias entre oralidad y escritura es lo referido al contraste entre los soportes que sustentan cada una de estas prácticas, a saber: el espacio del sonido y el espacio visual (Ong, 1987). La diferencia material de los soportes hace que la verdad sea depositada en lugares distintos y por ello con significaciones variadas. Vale decir, es menester destacar que la escritura, a diferencia de la oralidad, permite la ausencia, la no presencia del propio autor, mayor autonomía e individualidad. La escritura habilita la práctica solitaria e individual, no sólo del que escribe sino también del que lee. De acuerdo a Ong (1987), facilita una mayor introspección del ser humano y el desarrollo profundizado de un conocimiento del mundo objetivo externo.

De lo anterior se desprenden dos cuestiones: en primer lugar, la escritura y la lectura habilitan prácticas individuales; en tanto que la oralidad conserva y promueve aspectos colectivos. Lo anterior se explica por el hecho que las comunidades orales son mayormente dependientes de la interacción cara a cara y de la experiencia que no puede ser mediada por técnica alguna. Encontramos que son los mismos integrantes de las comunidades los que

funcionan como mediadores de los saberes a través de la transmisión de una generación a otra a partir del relato oral.

Tres elementos: oralidad, escritura y tecnologías

La *oralidad*, como forma predominante de comunicación y la más antigua; la *escritura*, como la primera técnica que posibilita la ausencia del otro y habilita la mediación; y las actuales *tecnologías* de la información y la comunicación, que son una variante “actualizada” de nuevas formas de oralidad con base en la escritura. Las actuales tecnologías no sólo se definen por su valor de uso y funcionalidad práctica sino y ante todo por el sentido que otorga su tenencia. Están, también, vinculadas a un valor social de época, es el sentido que tiene para un determinado grupo social.

El común denominador de oralidad, escritura y tecnologías es la comunicación; aunque también podríamos agregar otro elemento pero que a diferencia de la comunicación que – en este caso los aglutina-, la *experiencia* es la vara que indica las distancias, a saber, entre: oralidad, escritura y tecnologías.

A esta mención no subyace una intencionalidad jerarquizadora, partimos del supuesto que son diferentes herramientas comunicativas que posibilitan diferentes prácticas concretas, y por tanto con consecuencias igualmente diferenciadas. En este sentido, así como en algún momento de la historia de la humanidad la incorporación de la escritura significó una radical transformación en las conciencias de los hombres, también lo fue su masificación. La escritura alfabética significó un sinnúmero de transformaciones, no sólo por las consecuencias en términos concretos, sino también por las distintas formas en las que se llevó a cabo dicha implementación. No pretendemos un recorrido histórico exhaustivo, pero sí mencionar que la masificación de la lecto-escritura fue, en algunas sociedades, una imposición forzosa; en otras, predominó el ánimo de borramiento de formas *otras*³ de registro; también existieron quienes entendieron que su implementación garantizaría un estadio de progreso. En definitiva, queremos decir que no en todas las sociedades ni en todos los tiempos la incorporación de la escritura alfabética se ha dado de la misma manera ni bajo las mismas intencionalidades, ni con idénticas consecuencias, como así tampoco con una valoración consensuada.

³ Con “formas otras” aludimos a modos anteriores, distantes y diferenciados de la escritura alfabética. El registro escrito tiene una antigüedad mucho mayor que la escritura alfabética. Se sabe de innumerables comunidades que han organizado y registrado parte de su cotidianeidad social, económica, histórica y política por medio de la escritura.

Si se piensan la sucesión de acontecimientos a lo largo de la historia linealmente, pues se podría suponer que en una primera instancia irrumpió la escritura alfabética (o se la hizo irrumpir), imponiéndose en pequeños círculos, siendo la lecto-escritura una herramienta de poder a la que sólo accedían unos pocos. Con el paso del tiempo se fue masificando hasta llegar a ser interiorizada, naturalizada y pensada como algo tan evidente como la oralidad misma. Posteriormente, y trazando a grosso modo un símil paralelismo, se podría igualmente suponer algo idéntico con buena parte de las tecnologías de la información y la comunicación. Ello es, suponer que en una primera instancia tuvieron acceso sólo a unos pocos y luego, gradualmente, se fue masificando.

Ahora bien, restaría una revisión de los procesos masificadores, qué los causa y qué consecuencias acarrea. Por otra, una exploración por los acontecimientos por fuera de un posicionamiento lineal, y sospechar que no todos los hechos se desarrollan bajo una concatenación lógica, cronológica ni homogénea.

Asumir que la historia escapa a lo lineal, y que las diversas irrupciones, ya sea de la escritura alfabética o de las tecnologías, también escapan a esa linealidad, pues suponer que los fenómenos se dan uniformemente imposibilita pensar, entender y comprender cabalmente otros tipos de sucesos que han quedado por fuera de estas masificaciones antes mencionadas. Concretamente aludimos a ciertos fenómenos que aparecerían como anacrónicos, pero no por ello quedan fuera de la realidad y por tanto merecen ser atendidos. Es pertinente la pregunta de por qué ciertos grupos sociales han quedado por fuera de estos acontecimientos aparentemente masivos como la lecto-escritura. Más específicamente, tenemos el caso de la comunidad gitana que aún en la actualidad preservan rasgos orales como marca distintiva del grupo étnico.

Es necesario focalizar fenómenos que están por fuera de lo masivo, que se producen en los márgenes, porque allí también están sucediendo acontecimientos relevantes. El hecho de que sean prácticamente inexistentes las comunidades orales en la actualidad no significa que no existan, se trata de fenómenos más silenciosos, pero igualmente atractivos. Así es que resulta enriquecedor incorporar la oralidad a la dupla técnicas-tecnologías y poner en diálogo oralidad-escritura-tecnologías que conlleva a un análisis más exhaustivo y complejo del entramado comunicacional y vincular. El par comunicación –vínculo son indefectiblemente indisolubles, en el sentido que, si comunicar es poner en común, a ello subyace una idea de vínculo, de intercambio. La transformación de la "experiencia" es una de las consecuencias más destacadas en la incorporación masiva de la técnica y/o de la tecnología.

Abandono de la experiencia

Para el caso de las culturas orales, o con tradición oral, la pregunta por sus formas de experimentar, aprender y representar el mundo es válida y debe actualizarse casi de forma permanente. La incorporación de saberes se da por otros circuitos que no necesariamente tienen anclaje en espacios formales ni por medio de los textos escritos. Entonces, ¿de qué manera aprenden las culturas orales?, ¿cómo almacenan el acervo de tradiciones, costumbres y habilidades?

Las personas que no conocen la escritura aprenden pero no estudian (Ong, 1987), aquí, aprender indicaría una relación directa con la incorporación de conocimientos a través de la experiencia, que tiene que ver con la absorción de algo –un conocimiento- en la memoria. En tanto que el estudio estaría refiriéndose no sólo a la absorción de conocimiento en otro plano de la conciencia sino a la legitimación que se alcanza por medio de la institucionalización.

En suma, la diferencia entre aprender y estudiar estaría dada por una institucionalización de los saberes que se desean adquirir –para el caso del estudio- y por la experiencia, en el aprendizaje. El aprendizaje, en las comunidades de oralidad primaria se daría a partir de la experiencia vivida que se logra por imitación de prácticas.

El relato oral es la forma de transmitir de una generación a otra, saberes y conocimientos, y la imitación es la manera de incorporar cuestiones prácticas y aprender habilidades. Las culturas orales aprenden mucho, pero no estudian, en tanto que las culturas escritas tienen la posibilidad del acceso al estudio sistemático (Ong, 1987).

A partir de esta última distinción, estamos en condiciones de afirmar que, sí las culturas orales están más ligadas a la experiencia, es decir, el rasgo mismo de la oralidad conduce a la experiencia vivida, puesto que no se puede acceder a ciertos conocimientos de otra forma; por medio de la experiencia o de lo que otros pueden relatar y contar verbalmente.

Las culturas escritas, en cambio, pueden incorporar una serie de conocimientos y saberes sistemáticamente a partir de la lecto-escritura. El aprendizaje no implica necesariamente un contacto cara a cara. Las culturas escritas tienen incorporada la mediación de la escritura como técnica y forma de aprendizaje, por medio de la escritura podemos “leer” y registrar experiencias propias y ajenas. La experiencia está más enraizada en las culturas orales por necesidad o por imposibilidad de formas otras, no hay otras opciones para la incorporación de saberes, sólo a través de la experiencia. Si las culturas orales no pueden estudiar pero sí aprender, y ese aprendizaje se logra a través de la experiencia, nos aproximamos al planteo

de Agamben (2003). La "expropiación de la experiencia" no sería tan corrosiva y apocalíptica para el caso de las culturas orales, que conocen y acceden al mundo por medio de la propia experiencia. Para estos grupos la experiencia es el único modo de acceder a cierto conocimiento del mundo y ello las impregna de un particularismo inigualable.

Giorgio Agamben refiere a una de las características más significativas de nuestros tiempos: "(...) al hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia: más bien la incapacidad de tener y transmitir experiencias quizás sea uno de los pocos datos ciertos de que dispone sobre sí mismo." (2003: 7).

Las consecuencias de la erosión de la experiencia no serían idénticas en los grupos letrados que los orales. La cultura contemporánea letrada está expuesta a una diversidad de técnicas y tecnologías que hace que se encuentre más propensa a la no presencia del otro, a la mediación tecnológica, pudiendo adquirir conocimientos del mundo en soledad. En tanto que los grupos orales necesitan de la copresencia, del contacto cara a cara, de la experiencia vivida.

La escritura alfabética posibilita la producción de conocimiento, el anclaje y permanencia de saberes y experiencias a través del tiempo. Un escrito puede permanecer y perdurar sin la necesidad de la presencia física de su/s autor/res. El libro, por ejemplo, cuenta con una duración que trasciende la posibilidad de permanencia. Lo escrito puede subsistir por un tiempo inestimable, no así lo dicho, el lenguaje oral, porque justamente se constituye como tal por su carácter evanescente. Es entonces que, para aquellos grupos que no cuentan con otro soporte ni anclaje más que su memoria activa, la experiencia como forma de aprendizaje del mundo se torna insustituible.

La experiencia ocupa un lugar privilegiado para unos y no para otros; aquellos que pueden remitirse de manera permanente a fuentes escritas y aquellos que no. Las culturas orales hacen uso de la experiencia como pieza angular para la permanencia, construcción y reconstrucción de sus conocimientos/saberes.

La invención de instrumentos, técnicas y tecnologías desde tiempos remotos hasta la actualidad, produjeron (y producen) transformaciones en la percepción y significación del mundo. Debemos entender no solo la escritura como una de las primeras técnicas producidas por el hombre sino también la invención, incorporación e incremento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

En concomitancia y a la luz de los aportes realizados por Weizenbaum (1978), el autor da cuenta del modo en que se plasman esas transformaciones del mundo circundante. Los sujetos se apropian del mundo a partir de la incorporación y uso de determinadas técnicas y tecnologías y lo que diferencia a unos de otros son las herramientas que utilizan y el modo en que lo hacen. El hombre genera cambios y produce ciertas técnicas e instrumentos que modifican su entorno, pero a su vez esas técnicas e instrumentos, modifican al hombre, los seres humanos transforman el mundo que los rodea y, a su vez, ese mundo es transformado por ellos. La incorporación de instrumentos para el hombre implicó una variación de la experiencia del mundo y del lugar que ocupa en él (Weizenbaum, 1978).

Los grupos orales representan el mundo de formas diferentes y escapan a la linealidad narrativa de los grupos letrados. Somos testigos de la idolatría técnica y tecnológica como única forma de interactuar con el mundo y de una postura hegemónica que postula valorativamente la incorporación, uso y naturalización de las mismas, logrando una clausura de modos otros de representar y experimentar que conviven por fuera de ellas. En suma, quizás, una de las consecuencias más preocupantes de la impronta tecnológica sea el abandono de la co-presencia y la vida en comunidad.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2003). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- CHARTIER, Roger (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.
- FERREIRO, Emilia (2008). *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GOODY, Jack (Compilador), (1996). *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona: Gedisa.
- HAVELOCK, Eric A. (2008). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- LURIA, Aleksandr Romanovich (1976). *Cognitive Development: its Cultural and Social Foundations*, Michel Cole, ed., traducción de Martín López Morillas y Lynn Solotaroff, Cambridge, Mass., y Londres: Harvard University Press.
- OLSON, David R. y Torrance, Nancy (compiladores), (1998). *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa.
- ONG, Walter J. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- VICH, Víctor y ZAVALA, Virginia (2004). *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Buenos Aires: Norma.
- WEIZENBAUM, Joseph (1978). *La frontera entre el ordenador y la mente*. Madrid: Pirámide.